

## **Entre viudas y huérfanas: Mujeres en el mundo editorial**

Mesa "Editoras contemporáneas en busca de lectores"

9 de abril de 2008

Centro Cultural España

*A una joven que quiere ser editora*

Laura Lecuona

Gerente de Literatura Infantil y Juvenil

Ediciones SM

Hace un par de meses M me preguntó si la hija de su amiga R podría llamarme para platicar conmigo, pues piensa que de grande quiere ser editora y le vendría bien recibir consejos de una veterana del mundo editorial. Si me lo permiten, ensayaré aquí con ustedes lo que le diré a esta joven cuando me busque (no sé cuándo será, me explican que el tiempo para los adolescentes no transcurre igual que para los adultos).

Antes que nada le preguntaré por qué quiere ser editora. Yo de chica también deseé serlo, tras haber agotado las más aventureras opciones de astronauta y veterinaria –no de perros y gatos sino de caballos y tigres, aclaro-. Contemplaba la caja tipográfica, siempre tan bien ordenada sin importar que las líneas tuvieran algunos caracteres más o algunos menos (a diferencia de las cuartillas escritas en mi Olivetti, con despeinados márgenes derechos). Descubría erratas y me entraba una compulsión por corregirlas. Admiraba las cubiertas de Daniel Gil para la colección El Libro de Bolsillo de Alianza Editorial y pensaba: alguien tiene que haberle contado de qué se trata el libro, pues a qué hora va a leerlos todos. Y seguro que haber acompañado un día a mi abuelo al taller donde se imprimía su último estudio sobre historia de Tabasco también dejó en mí alguna impronta, y ese recuerdo a la larga se convirtió en motivación, una entre varias otras.

Mi padre, cineasta, me inculcó la costumbre, que aún conservo, de no salir de la sala de cine antes de que terminaran de pasar los créditos finales. Es según él una señal de respeto a quienes trabajaron en una producción, y también una manera de percatarse de cuánta gente hay detrás de una película. Desde luego, no se comparan la larga lista de créditos de incluso la más modesta producción y la escasa página de créditos de un libro (y no sólo porque aquí casi nunca figura el nombre del corrector de estilo, ya no digamos el del prensista), pero así como es

importante reconocer a quienes trabajan detrás de las cámaras, vale la pena cobrar conciencia de que detrás de un libro hay alguien más aparte del autor.

Porque el nuestro es un trabajo hasta cierto punto invisible y, como el trabajo doméstico, sólo se nota cuando no se hace o cuando algo falla. Ves la errata y te acuerdas de que existe alguien que la dejó escaparse.

Pero cuando nos preguntan en qué trabajamos y les decimos que somos editoras provocamos gran envidia, concretamente de quienes se imaginan que el trabajo editorial consiste básicamente en leer todo el tiempo. Claro, yo también siento envidia: \_\_qué ganas de ser una editora neoyorquina como la Mrs. Dalloway contemporánea que representa Meryl Streep en “Las horas”!! Pero no.

La realidad, la realidad mexicana por lo pronto, es un poco menos glamorosa, pero, con todo, no deja de ser un trabajo noble y con sus dosis de fascinación. No leemos todo el tiempo, ni siquiera la mayor parte del tiempo, pero sí estamos cerca de los libros, que suelen ser nuestros objetos predilectos, y los más afortunados acompa\_amos a los autores a lo largo de la gestación de sus obras. (Gabriel Zaid nos recuerda la metáfora del editor como partero, metáfora presente en la etimología: del latín *edere*, dar hacia fuera. Como Sócrates y su arte mayéutica, consistente en ayudar a su interlocutor, mediante preguntas, a sacar de sí mismo la sabiduría “que estaba pidiendo nacer”, el editor encauza el diálogo público cultural que se da entre autores y lectores en el ágora de hoy que son los libros y las revistas.)

Como no existe la carrera universitaria de edición (vaya, en México ni el máster ni la especialidad), esta muchachita que quiere ser editora me va a preguntar qué debería estudiar. En el mundo del libro coincidimos personas provenientes de carreras diversas: letras, matemáticas, filosofía, arqueología, dise\_o, comunicación, ingeniería... y, claro, hoy más que nunca, administración de empresas. Como se sabe, a la importante base de los estudios universitarios se va sumando la experiencia sobre la marcha, y en buena medida nos formamos en el ruedo. Ser editor no está peleado con ser, además, cualquier otra cosa. Es más, es deseable que la editora tenga una amplia gama de intereses e inquietudes intelectuales. Ganas de saber de todo y leer de todo. Bueno, no *de todo*. De hecho, para ser editor y tomar decisiones acertadas hay que saber discriminar: separar el grano de la paja, reconocer lo valioso y lo pertinente, detectar por dónde transcurre la conversación que pretendemos animar.

Y nos gusta invitar a otros a leer. \_Si de eso se trata todo! La editora es partera y es anfitriona. Invita a que en su casa, que es su catálogo, se dé esa animada conversación en donde se gestan la cultura y el conocimiento. El editor quiere ante todo propiciar el encuentro feliz entre el libro y su lector. Cómo disfrutamos compartir con otros nuestros hallazgos y presumir esas obras de las que nos sentimos discretamente partícipes.

Creemos en los libros y la palabra escrita como vehículos de conocimiento, socialización, cultura y placer. Y aunque se supondría que en el mundo editorial todos comparten esta premisa fundamental, cada día tenemos que defender nuestras creaciones o nuestros proyectos frente a ese aliado y simultáneamente adversario de los editores que es el agente de ventas de nuestra propia editorial.

*Es una verdad universalmente reconocida* que cuando un libro se vende bien es gracias al vendedor, pero cuando por el contrario un libro se queda en la bodega es por culpa del editor. “Dame libros que se vendan”, piden ellos. “Vende los libros que te doy”, reviramos nosotras.

Y cada vez es más notoria la tendencia a que sean los departamentos de ventas y los administradores quienes tengan la última palabra en lo que respecta a qué libros se publican y qué libros no. En muchas empresas, con muy notables excepciones, quieren negarnos nuestra prerrogativa histórica fundamental, en tanto editores anfitriones, de elegir a los invitados y definir su lugar en la mesa.

Pero no nos quedaremos de brazos cruzados; seguiremos buscando maneras de salirnos con la nuestra y echar a la le\_a de la conversación los temas adonde nuestra experiencia, nuestro talento, nuestro instinto o nuestro olfato editorial nos conduzcan.

Y por lo pronto yo no le recomendaré a esta joven que estudie administración de empresas. Cualquier otra cosa sí.